

cierta desconfianza de lo que suelen ser las cosas humanas, para informarse por sí mismo de la verdadera disposición del pueblo.

Mas no podía estar mucho tiempo oculta su llegada. El pueblo al saberlo abandonó sus labores y se entregó de lleno al regocijo. Agolpóse á la casa de la Compañía, y pidió que saliera al balcon. Aclamaciones de júbilo resonaron al verle por todas partes. Desde luego comenzó el nuevo soberano á dar pruebas de su discrecion y talento. Como el magistrado propusiera dar diversiones al pueblo, *Nosotros*, respondió, *celebraremos fiestas despues de haber hecho los preparativos para defendernos contra nuestros enemigos*. Con la misma discrecion y cordura se condujo en la provision de los primeros empleos, y en el restablecimiento del órden público, cosas ambas difíciles despues de un gran sacudimiento, y en que no preside siempre el acierto y el tino, por lo mismo que se despiertan muchas ambiciones, y las pasiones están vivas y agitadas. Señalóse dia para su entrada pública y para su coronacion, y uno y otro se hizo con la solemnidad que correspondia. Puesto el rey de rodillas ante un altar que se erigió en la plaza de palacio, y con la mano puesta sobre los Evangelios, juró regir y gobernar el reino con justicia y mantener los usos, privilegios y fueros concedidos por sus mayores, y á su vez los tres estados, clero, nobleza y pueblo, le juraron á nombre de la nacion obediencia y fidelidad, recibiendo por su legitimo rey. Así quedó consumada una de las mayores revoluciones que puede hacer un pueblo. Portugal se segregó otra vez de España; volvió á constituirse en reino independiente y libre, y se rompió de nuevo la unidad ibérica, la obra que habia costado tantos siglos de esfuerzo á nuestros mayores, y todo por la desacertada política de los príncipes de la casa de Austria, y por las injusticias y las imprudencias de sus ministros y gobernadores.

Grande admiracion y sensacion profunda causó la noticia de estos sucesos en la corte de España, que se hallaba, como de costumbre, entretenida con unas fiestas de toros, celebradas estas para agasajar á un embajador de Dinamarca, y en cuyo espectáculo habian hecho de actores los principales de la nobleza. No comprendia nadie cómo un suceso de tanta monta y que necesitaba de larga preparacion y no podia realizarse sin ser sabido por muchos, habia cogido tan desprevenidos á la vireina y los ministros: ni tampoco comprendia cómo los gobernadores de las plazas las habian entregado con tanta facilidad, que parecia haber estado de inteligencia con los rebeldes. Los cargos se dirigian de público principalmente contra el ministro favorito, á quien se acusaba de tan imbecil é inepto como soberbio y tirano. Olivares sintió al propio tiempo abatimiento y desesperacion. Todo el mundo sabia ya la novedad menos el rey. Temeroso el conde-duque de que alguno se le comunicara de modo que excitase su indignacion contra él, determinó darle él mismo la mala nueva en una forma bien singular. Es fama que hallándose un dia entretenido con el juego el indolente monarca, se llegó á él el de Olivares con alegre rostro y le dijo: *Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado Vuestra Majestad un ducado con muchas y muy buenas tierras. ¿Cómo es eso? le preguntó el buen Felipe. —Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio: acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y esta locura da á V. M. de sus haciendas doce millones*. Aunque no era grande la penetracion del rey, algo comprendió de lo que habia, y solamente dijo: *Pues es menester poner remedio*. El semblante del rey se nubló, y el de Olivares sospechó si se nublaría tambien la estrella de su privanza (1).

Para evitarlo procuraba distraer al monarca con nuevas diversiones, pero el pueblo con su buen instinto le servia de avisador. Un dia, al salir el rey á una cacería de lobos, le gritó el pueblo en las calles: *Señor, señor, cazad franceses, que son los lobos que tenemos*. Recelaba tambien el ministro de los grandes y de la misma reina: á esta le puso al lado su mujer, haciéndola su compañera asidua, para que apenas pudiese

(1) Faria y Sousa, Epítome de Historias portuguesas, Reinado de Felipe IV de Castilla.

hablar con el rey sino en su presencia; y con aquellos comedia todo género de desafueros por cualquiera murmuracion que supiese, al mismo tiempo que prevenia á los sacerdotes que en los sermones procuraran tranquilizar al pueblo: todo efecto de los remordimientos y de los temores que sentia: pero ninguna medida salvadora respecto á Portugal, de esas que en los momentos supremos de una nacion pueden repelerla de su aturdimiento, y remediar ó atenuar los efectos de una gran catástrofe. Pensó en conservar su privanza, y respecto á lo demás contentóse al pronto con informar al marqués de los Velez de lo acontecido, encargándole ocultara la noticia á su ejército, y que no cundiera en Cataluña, ya para que no se envalentonaran los catalanes, ya para evitar la desercion de los portugueses.

Tal era la situacion de España al terminar del año 1640: año de fatal recordacion para todo el que abrigue sentimientos de españolismo y de dignidad nacional. En él, por la inconveniente política de nuestros reyes y por las insignes imprudencias de un ministro favorito, orgulloso y desatentado, perdimos un reino y nos veíamos amenazados de perder una importante provincia de la monarquía.

CAPITULO VIII

La guerra de Cataluña

DE 1641 Á 1643

Insistencia y teson de los catalanes.—Sale nuestro ejército de Tarragona.—El paso de Martorell.—Son arrollados los catalanes.—Marcha del ejército real hasta la vista de Barcelona.—Consejo de generales.—Intimacion y repulsa.—Preparativos de defensa en la ciudad y castillo.—Entréganse los catalanes á la Francia, y proclaman conde de Barcelona á Luis XIII.—Ordena el marqués de los Velez el ataque de Monjuich.—Heróica defensa de los catalanes.—Auxilios de la ciudad y de la marina.—Valor, decision y entusiasmo de todas las clases en Barcelona.—Gran derrota del ejército castellano en Monjuich.—Pérdida de generales.—Retirada á Tarragona.—Dimision del de los Velez.—Reemplázale el príncipe de Butera.—Fiestas en Barcelona.—Entrada del general francés conde de la Motte en Cataluña.—Apodérase del campo de Tarragona.—Escuadra del arzobispo de Burdeos.—Sitian los franceses á Tarragona por mar y por tierra.—Grande armada española para socorrer la ciudad.—Es socorrida.—Diputados catalanes en Paris.—Ofrecimiento que hacen al rey.—Palabras notables de Richelieu.—Ejército francés en el Rosellon.—El mariscal de Brezé, lugarteniente general de Francia en Cataluña.—Es reconocido en Barcelona.—El marqués de la Hinojosa reemplaza en Tarragona al príncipe de Butera.—El marqués de Povar, don Pedro de Aragon, es enviado con nuevo ejército á Cataluña.—Mándasele pasar al Rosellon.—Franceses y catalanes hacen prisionero al de Povar y á todo su ejército sin escapar un soldado.—Son enviados á Francia.—Explicanse las causas de este terrible desastre.—Regocijo en Barcelona: consternacion en Madrid.—El rey de Francia y el ministro Richelieu en el Rosellon.—Piérdese definitivamente el Rosellon para España.—Entrada del conde de la Motte en Aragon.—Vuélvese á Lérida.—Formacion de otro grande ejército en Castilla.—Jornada del rey Felipe IV á Aragon.—Llega á Zaragoza y no se mueve.—El marqués de Leganés entra con el nuevo ejército en Cataluña.—Accion desgraciada delante de Lérida.—Retírase el ejército castellano.—Sepárase del mando al de Leganés.—Vuélvese el rey á Madrid.—Por resultado de esta guerra se ha perdido el Rosellon, y los franceses dominan en Cataluña.

Ocupada Tarragona por las tropas reales y abandonada por el general y los auxiliares franceses; ejército regularizado y numeroso el de Castilla y sostenido por toda la nacion; gente irregular, bisoña y colecticia la de los catalanes y sostenida por una sola provincia, cualquier otro pueblo que no fuese tan tenaz y perseverante como el catalan hubiera sin duda caido de ánimo ante la desigualdad de la lucha. Al contrario sucedió en aquel país, famoso ya de antiguo por el teson con que siempre ha defendido sus fueros. Continuaron las levas con extraordinaria presteza, y proponíanse aquellos naturales proteger la capital, fortificando y defendiendo el paso de Martorell; bien que mas ardientes que entendidos los que trabajaban en las fortificaciones, ni estas iban dirigidas con acierto, ni se seguía en ellas un plan, ni adelantaban las obras, y era mas el trabajo que el fruto, deshaciéndose al dia siguiente lo que sin inteligencia se habia hecho en el anterior.

Mucho y muy decidido empeño puso la diputacion para hacer detener al general francés Espenan y reducirle á que se quedara á ayudar á los catalanes, no obstante la capitulacion hecha con el marqués de los Velez. Las instancias con que se lo pedian y los emisarios que al efecto le enviaron, pusieron al francés en cierta perplejidad; mas no pudiendo resolverse á quebrantar el tratado de Tarragona, entretúvolos con respuestas ambiguas, hasta recibir órdenes de su gobierno, al cual habia consultado. La contestacion de la corte de Francia fué, que cumpliera sin vacilar lo pactado con el marqués de los Velez, y en su virtud al dia siguiente de recibirla prosiguió su marcha para Francia (7 de enero, 1641), dejando el Principado abandonado á sus propias fuerzas. Otra vez todavia le rogaron que se volviera del camino, pero todo fué inútil. Espenan cumplió su compromiso, y entró en Francia (1).

Fué tan sentida de los catalanes la salida de los franceses, como criticada y aun maldecida la conducta de Espenan, de quien públicamente se decia que algo mas que el cumplimiento de su palabra le habia movido á aquella determinacion, y algo entibió este desengaño la aficion de los catalanes á sus libertadores. Pero como hombres de valor y de teson, no desmayaron por eso, y los mas ardientes, haciendo virtud de la necesidad, consolábanse con la idea de que si solos se quedaban, excusaban de compartir con extraños la gloria de la defensa del país.

Entre tanto, aunque entorpecidas y paralizadas por algun tiempo las operaciones del ejército de Castilla por lamentables rivalidades y celos entre sus jefes, al fin habia salido de Tarragona y ocupado á Villafranca del Panadés, que el teniente general de los catalanes Vilaplana no se atrevió á defender. Algo mas se resistieron en San Sadurní, pero asaltado el pueblo con ímpetu por los castellanos, se retiraron á las fortificaciones de Martorell, donde no se podia llegar sino por profundos valles y por entre encumbrados montes, y por lo mismo formaba como el antemural de la capital. Para incomodar al enemigo por la espalda ordenó la diputacion á don José Margarit que con su gente bajara desde las sierras de Monserrat al campo de Tarragona. Este intrépido catalan se apoderó de noche del castillo de Constantí, cuya valerosa accion empañó haciendo degollar bárbaramente á cuatrocientos soldados castellanos que se hallaban heridos y enfermos en el hospital, como queriendo vengar con un hecho tan abominable las ejecuciones del marqués de los Velez en Cambrils. El capitán castellano Cabañas arrojó despues aquella gente feroz del pueblo y del castillo, no sin que le costara un reñidísimo combate.

A la vista ya el de los Velez de las fortalezas de Martorell, llamó sus capitanes á consejo para ver cómo convendría atacarlas, y resolvió acometerlas y asaltarlas por donde mejor se pudiera, trepando además un cuerpo de ejército por la montaña de la izquierda, que bajando por el Coll de Portell cogiese al enemigo por la espalda. El diputado militar Francisco Tamarit, que hasta entonces habia estado ocupado en el Ampurdan, fué el encargado de su defensa; reconoció su ejército y pidió nuevos refuerzos á Barcelona: á pesar del disgusto que causó esta peticion, que se criticó de cobardía ó de falta de habilidad, todo el mundo se aprestó á concurrir á la salvacion de la patria. Parroquias, cofradías, conventos, colegios, gremios, todos se apresuraron á dar socorros; y frailes, clérigos, estudiantes, tejedores, zapateros, sastres y otros artesanos marchaban confundidos en compañías con el mosquito al hombro, entre todos mas de tres mil, á batirse con las tropas regulares de Castilla. De estas, la vanguardia, mandada por Torrecusa, subió por la aspereza de una sierra que los catalanes dejaron desgarnecida por crearla inaccesible. El marqués, que mandó entre tanto atacar las trincheras y reductos, encontró en ellos una vigorosa resistencia, que duró todo un dia, hasta que al siguiente entre el estruendo de la artillería oyeron los catalanes resonar trompetas á su espalda. Era Torrecusa con sus tercios de vanguardia. Diéronse enton-

(1) Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, lib. V.—Sala, Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña, Barcelona, 1641.

ces por perdidos, y reuniéndose los cabos para ver la manera de salvarse, acordaron retirarse en el mejor órden posible, si bien temiendo mas á sus propios soldados que á los enemigos, porque recelaban que aquella gente feroz, como acostumbraba en tales casos, los tratara de traidores. Apretábanlos fuertemente el de los Velez y Torrecusa con el afán de acabarlos y poner término á la guerra en aquella batalla; pero ellos, concedores del país, lograron desfilarse por parajes y sendas que los castellanos no conocian, y pasaron el Llobregat, los unos por su angosto puente, por los vados los otros. Torrecusa entró en Martorell, y cuanta gente encontró, sin distincion de sexo ni edad, fué pasada á cuchillo en venganza de los oficiales y soldados que perdió y de la matanza del hospital de Constantí (2).

Una parte de la caballería de Torrecusa se dirigió á San Feliu, al tiempo que acababan de llegar á la poblacion los clérigos, estudiantes y artesanos que acudian de Barcelona en socorro de los de Martorell. A pesar del primer aturdimiento que al acercarse los castellanos sintió aquella milicia improvisada, todavia resolvió defenderse, é hizo lo al abrigo de alguna infantería francesa que allí habia y con la proteccion del intrépido capitán de caballos Borrell, en términos que al menos no fueron acuchillados, y tuvieron lugar para retirarse á las colinas y montañas.

Abierto y expedito ya el camino de Barcelona, el ejército continuó su marcha sin obstáculo hasta los pueblos mas inmediatos á aquella capital. El marqués de los Velez llamó á todos los cabos á consejo para acordar lo que se deberia hacer. Las órdenes del ministro eran de que se tomara con la mayor prontitud la ciudad; pero el de los Velez, que conocia que no es lo mismo disponer un plan desde el gabinete que ejecutarle en el teatro de la guerra; que no queria desobedecer á la corte, pero que comprendia estaba siendo el objeto de las miradas de toda Europa; que se proponia obrar en todo con prudencia, y principalmente en negocio tan grave y de tanta responsabilidad, habló á todos el primero, exponiéndoles las razones que habia en pro y en contra de acometer desde luego una ciudad populosa, amurallada, artillada, defendida por gente desesperada y resuelta; las ventajas que habria en tomarla, siendo el foco y principal asiento de la rebelion, y los riesgos de malograr el golpe, estando el ejército tan falto de víveres y tan menguado con las pérdidas y con las guarniciones que habia ido dejando atrás. El discurso del marqués dejó los ánimos de todos indecisos y vacilantes. Mandó despues que cada uno hablara y diera su opinion. Todos tenian por desacertada la resolucion de la corte, pero nadie se atrevia á contradecirla; solo uno instaba por que se cumplieran las órdenes del rey; de los demás, quién opinaba por el sitio, quién por llevar la guerra al Rosellon, quién por talar y saquear los pueblos, para ver si cansados los habitantes de sufrir tantos males conocian su yerro y volvian á la obediencia.

Resolvióse por último aproximarse á la ciudad, ocupar á Sans, que dista media legua, reconocer á Monjuich para ver si habria probabilidad de rendir aquella fortaleza, y convidar segunda vez á los catalanes con el perdon. Al efecto dirigió el de los Velez á la ciudad una carta diciendo: «Que se hallaba con fuerte ejército á la vista de la plaza; que el rey les ofrecia perdon por los excesos pasados y estaba pronto á recibirlos como hijos, si ellos se sometian á su obediencia; que este era el medio mas eficaz para evitar los daños que causa siempre el furor del soldado cuando se conquista una plaza á fuerza de armas; que como natural del país y como amigo no podia menos de darles este consejo, y que vieran bien el peligro á que de no seguirle se exponian.» Leyóse esta carta en la diputacion; creyóse, ó se quiso hacer creer que era un artificio para seducirlos, y se respondió al general diciendo: «Que

(2) Costó sin embargo la entrada de Martorell la pérdida de muy bravos oficiales, siendo la mas sentida la del teniente de maestre de campo general don José de Saravia, caballero del hábito de Santiago, y el hombre mas entendido y práctico que se conocia en los papeles y despacho de un ejército. De los catalanes murieron mas de dos mil hombres.—Martorell pertenecia á los estados del marqués de los Velez.

habiendo visto al ejército cometer las mas horribles atrocidades desde su entrada en el Principado, así con los rendidos como con los que habian opuesto resistencia, la única resolución que esperaban tomase, como la única compatible con sus honras, vidas y haciendas, era la de retirar sus tropas: que esto supuesto, su excelencia veria lo que era de mayor servicio á S. M. y de mayor beneficio para el Principado, al cual se mostraba tan afecto, como natural, cristiano y amigo.»

Irritó esta arrogante respuesta al general y á los jefes castellanos, ó inmediatamente ordenó el marqués que dos divi-

siones de gente escogida, al mando la una de don Fernando de Rivera, la otra al del maestre de campo de los irlandeses conde de Tyron, subiesen la montaña de Monjuich por los dos costados, colocándose esta segunda entre la montaña y la ciudad: que el duque de San Jorge se colocara en los molinos con diez y ocho escuadrones, y la caballería de las Ordenes en un pequeño valle á la izquierda; que las baterías dispararan sin cesar contra el fuerte; el general y su estado mayor se quedarían en el Hospitalet para dar órdenes, y Torrecusa y Garay acudirían donde la necesidad lo exigiese.

Al ver estas disposiciones, comprendieron los barceloneses,



no obstante la arrogante respuesta que acababan de dar, que se hallaban en el mayor aprieto y peligro. Y resueltos á tomar cualquier partido que no fuera el de someterse al rey de España, juntáronse los diputados de los tres brazos en número de doscientos para deliberar lo que convendría hacer en situación tan apurada. Entre el dolor y el enojo de que todos estaban poseídos pronunciáronse diferentes discursos, bien que casi todos conviniendo en que la república era incapaz de defenderse por sus solas fuerzas, y en que se hallaban en uno de aquellos casos extremos en que es lícito apartarse de la obediencia de su señor natural y entregarse á otro. En su virtud propusieron separarse definitivamente del tiránico cetro de Felipe de Castilla, y elegir otro monarca á quien encomendar la proteccion del Principado. Halló eco esta proposición en la asamblea, y aclamando una voz á Luis XIII de Francia, fué repetida con general aplauso, acordándose en su consecuencia proclamar al monarca francés conde de Barcelona, título antiguo de los soberanos de Cataluña. Fundábase esta elección en razones de identidad de origen de ambos pueblos, en los auxilios que ya los catalanes habian recibido de Francia, y en la esperanza de que el nuevo rey, en agradecimiento á esta preferencia, sostendría con mas decisión sus libertades y fueros. Diputados, consellers y oidores, levantaron acta de esta proclamación (23 de enero, 1641), comunicáronla al nuevo conde, la notificaron al pueblo, que la recibió con alegría, y dieron parte en la dirección de las armas y de los negocios públicos, como por vía de posesion de la provin-

cia, á los cabos franceses que allí se hallaban, entregando á Mr. D'Aubigny la fuerza del castillo de Monjuich (1).

Defendía pues el castillo, que entonces solo tenia unas malas fortificaciones, el general francés Aubigny con trescientos veteranos franceses y ocho compañías de artesanos de Barcelona, la primera de mercaderes, la segunda de zapateros, la tercera de sastres, la cuarta de pasamaneros, la quinta de los que llaman estevanes, en que entraban muchos oficios, la sexta de veleros, de taberneros la séptima, y la octava de tejedores de lino. Otra compañía de pellers guarnecía la torre de Damians. Había tambien una parte del tercio de Santa Eulalia, y estaba el capitán Cabañas con algunos de sus almogavares: gente toda brava y feroz, que con dificultad obedecía á sus cabos, y hubo uno de ellos á quien quisieron matar una noche, y para salvar su vida se pasó al ejército real. Era general de las armas del Principado el diputado militar Tamarit, y tenía por maestros de campo á Du Plesis y Serrián. La caballería catalana y francesa, compuesta de unos quinientos jinetes, formó frente al enemigo en el llano que termina el camino que va á Valdoncellas y el que sube á la Cruz Cubierta. Se dió orden al conseller tercero que estaba en Tarrasa con la gente escapada de Martorell, para que acudiese á incomodar á los sitiadores, y á Margarit para que desde la sierra de Monserrat hiciese excursiones á fin de interceptar

(1) Melo, Historia de los movimientos, etc. lib. V.—Limiers, Historia del reinado de Luis XIV, lib. I.

los convoyes del enemigo. Tamarit, Du Plesis y Serrián distribuyeron convenientemente los tercios que habian de defender las murallas y los que habian de acudir al socorro del fuerte (1).

Así las cosas, contentos y confiados los del ejército del rey, algo mas recelosos, aunque no menos resueltos los de la ciudad, entre siete y ocho de la mañana del 26 de enero (1641) al grito de ¡Viva el rey! ¡Viva nuestro general! comenzaron las tropas castellanas á ejecutar el plan ordenado por el marqués. El escuadron volante del conde de Tyron subió el primero á embestir la colina que mira á Castelldefels, sin que le detuvieran las descargas de los mosqueteros catalanes. Fueron estos sorprendidos por el escuadron de Rivera que subía por el vallado, mas como se parapetaban fácilmente en las fortificaciones, hacíanlos los nuestros poco daño, mientras ellos tuvieron la suerte de derribar de un balazo al conde de Tyron, pérdida que causó un sentimiento universal en todo el ejército. Tambien pereció el sargento mayor don Diego de Cárdenas. Con mejor éxito fueron atacados los que defendían el puesto de Santa Madrona, y hubieran sido del todo arrollados sin el socorro de los franceses que sus mismos capitanes pidieron al señor de Aubigny. Pero otro revés de mas importancia sufrían á este tiempo los castellanos en la parte de ejército en que se consideraban mas superiores, en la caballería. Mandada esta por San Jorge y colocada en disposicion de impedir que salieran socorros de la ciudad á Monjuich, fué provocada á combate por algunas compañías de caballos catalanes y franceses, protegidas por una manga de mosqueteros que disparaba al abrigo de una trinchera. Cuando la caballería española los acometía, retirábase el capitán francés con mucho artificio, atrayéndola hasta hacerla sufrir no poco estrago de su mosquetería. Pidió el de San Jorge auxilio á nuestra infantería, y con ella y con los escuadrones de las Ordenes arremetió furioso y obligó á los franceses á refugiarse á los muros y media luna del portal de San Antonio. Pero sufrían los nuestros un fuego mortífero de su artillería y mosquetería de las murallas. Ciega y ardorosamente arremetió mas de una vez el de San Jorge con el escuadron de coraceros, revolviéndose con sus contrarios y llegando á tener agarrado por el tahali al capitán francés La Halle; prodigios de valor y arrojo hizo aquel intrépido general, hasta que cayó mortalmente herido de su caballo; á recogerle acudieron los capitanes; algunos de estos murieron en la refriega; Filangieri cayó tambien al suelo gravemente herido; con gran trabajo consiguió nuestra tropa retirar á uno y á otro medio desangrados, como que aquella noche murieron ambos jefes en el inmediato pueblo de Sans. Mucha sangre costó aquella refriega á la caballería castellana, tan superior en número á la enemiga; y mucho alentó aquello á los rebeldes de la ciudad que lo presenciaban.

Ya esto les permitió hacer señales á los de Monjuich de que iban á enviarles socorro; y así fué que sin dejar de hacer su artillería acertadísimos disparos que diezaban nuestros escuadrones, escogiéronse dentro de la ciudad dos mil mosqueteros de los mas hábiles y robustos, los cuales salieron animosos por el camino cubierto que iba al fuerte. Al mismo tiempo tambien los marinos de la ribera desembarcando al pié de Monjuich comenzaron á trepar resueltamente en auxilio de los catalanes de arriba. Las fuerzas castellanas que atacaban la fortaleza retrocedían unas veces y avanzaban otras, llegando algunas hasta tocar las mismas trincheras. Á este tiempo divisaron los de dentro la gente de socorro que les iba de la ribera y de la ciudad. Alentados con esto, saltaron algunos del fortín espada en mano, y hasta un padre capuchino que llevaba en ella un crucifijo, gritando: *Ea, catalanes, esta es la hora de volver por la honra de Dios ultrajado y de Cataluña ofendida*. Cuando llegó Torrecusa con su reserva, persuadido de que iba á tomar el fuerte y á hacer resonar el grito de victoria, quedóse sorprendido al encontrar los soldados huyendo, los capitanes descorazonados, y todo en confusion. Con

(1) Fray Gaspar Sala, Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña, part. 15.—Zarroca, Narració breu de tots los successos.—Melo, Hist. de los movimientos, etc., lib. V.

su ejemplo y con su voz les volvió el aliento el de Torrecusa, y logró que con él se acercaran á las fortificaciones, bien que un artillero catalan disparando con el mayor acierto un pedrero aclaró horriblemente las filas de nuestros soldados. Faltaban escalas para el asalto, imprevision que no se podia esperar en el de Torrecusa, y enviálas á pedir al de Xeli, encargándole al propio tiempo que continuara batiendo la ciudad. Pero antes que las escalas llegaran, entraron en la fortaleza los catalanes de la ciudad y ribera, y juntos todos arremetían y disparaban con tal furor, que desde entonces todo fué estrago para nuestra gente, muriendo los mejores y mas atrevidos capitanes, entre ellos los dos Fajardos, sobrinos del general; y observándolo todo el marqués de los Velez, revolvía ya en su imaginación los mas tristes presagios acerca del éxito de la empresa.

Á las tres de la tarde el estruendo continuado del mosquito y del cañon retumbaba á un tiempo en derredor de la ciudad y en la altura de Monjuich. Aquí los castellanos, cansados ya de no adelantar nada, murmuraban del general que se empeñaba todavia en llevarlos inútilmente á la muerte, y deseaban un pretexto para retirarse y salvar las vidas. Vinóles pronto la ocasion, puesto que cogiéndolos así dispuestos una impetuosa salida de los catalanes del fuerte, apoderóse de ellos tal pánico, que revolviéndose los escuadrones primeros, y comenzando á bajar desordenadamente la falda atropellaban á los que estaban despues de ellos; creyéndose estos arrollados por todas las fuerzas enemigas juntas, arrojaban las armas y se despeñaban por barrancos, zanjas y malezas, sin que nadie oyera las voces con que sus oficiales se esforzaban por animarlos y contenerlos. En este desórden los enemigos cobrando audacia los acosaban con espadas, chuzos, hachas, alfanjes y todo género de armas. Mucha sangre castellana regó las colinas de Monjuich en esta retirada vergonzosa, pareciendo muchos hombres de honor arrastrados y atropellados por los cobardes. Las banderas de Castilla, antes victoriosas, andaban pisoteadas por el suelo. El de Torrecusa, que fatalmente supió á este tiempo la muerte de su hijo el de San Jorge, afectado de una y de otra desgracia se dejó dominar de la amargura, se despojó de sus insignias militares, y se redujo á la soledad sin querer ver ni oír á nadie (2). En vista de esto el de los Velez encomendó á Garay la dirección de las tropas que habia tenido Torrecusa.

Los escritores catalanes testigos de aquellos sucesos se entusiasman describiendo el ardor patriótico que todas las clases de la poblacion mostraban en la ciudad, el valor, el arrojo y la diligencia hasta de las mujeres y los niños en llevar á los de las murallas municiones, cuerdas, provisiones, medicinas y todo género de socorro, pidiendo para ellos por las casas y calles las que no tenían, y enviándoles hasta las monjas desde sus conventos bizcochos y confituras, al tiempo que otras rogaban á Dios en los templos por el triunfo de la causa de Cataluña. Algunas mujeres andaban vestidas de soldados con espadas y puñales, y algunas hubo que voluntariamente acompañaron á los que fueron desde la ciudad á Monjuich. Pero nada de esto maravilla al que conozca el ardor con que los catalanes han defendido siempre las causas que ellos toman como nacionales, porque interesan al Principado (3).

Trabajo costó á Garay, encargado ya del mando, rehacer los escuadrones, porque el miedo, el aturdimiento y el disgusto habian hecho á los soldados sordos á las voces y á las exhortaciones de sus jefes. Al fin consiguió reorganizar del mejor modo posible el destrozado ejército. Juntáronse entonces los cabos en consejo para determinar lo conveniente en estado tan lamentable. Mudo permaneció el de los Velez que le presidía, preocupado todo en considerar su desgracia y la de tan brillante ejército. Acordaron, pues, todos, y él no se opuso, vol-

(2) Cuando el de Torrecusa vió á su hijo enfrascado en la pelea en medio de la ladera de la montaña, alzó la voz y le dijo: *Ea, Carlos María, morir ó vencer; Dios y tu honra*. Palabras dignas de un gran guerrero.—Melo, Historia, lib. V.

(3) Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, lib. V.—Zarroca, Narració breu de tots los successos.—Sala, Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña.—Soto y Aguilar, Epítome de los sucesos del reinado de Felipe IV.